

Fogwill

**UN GUIÓN
PARA ARTKINO**

EDITORIAL PERIFÉRICA

A LA MEMORIA DE ANÍBAL PONCE, VITTORIO CODOVILLA
Y EL GENERAL JUAN MANUEL ZAPIOLA ETCHEVERRY,
QUE SOÑARON LA ARGENTINA DE HOY

NOTA DEL AUTOR

Un gui3n para Artkino fue compuesta en 1977, o 1978, cuando ya nadie imaginaba la posibilidad de una Argentina Socialista. Las cosas pudieron haber sido distintas, pero fueron as3. La correg3 en 1982, y a comienzos de 1983 hice imprimir unas copias para los amigos. Todos perdieron las suyas y, antes o despu3, yo perd3 el original: lo 3nico que se pierde m3s r3pido que la amistad son los borradores de libros. Por entonces no hab3a discos r3gidos que se estropeasen, pero ya las amistades se deleteaban con tanta rapidez como ahora. De paso: quien encuentre una copia de *Memoria romana*, *La clase*, *Nuestro modo de vida* o *Los estados unidos* ser3 recompensado con libros autografiados y con la dedicatoria de la primera edici3n, si apareciese alguien al estilo de Garamona, de la editorial Mansalva*, dispuesto a perder dinero con ellos.

**Un gui3n para Artkino* ha sido publicado este mismo a3o en Argentina por dicha editorial.

Siempre habrá editores dispuestos a perder dinero en un mundo con tanta gente dispuesta a gastar dinero y tiempo leyendo y escribiendo.

Un guión para Artkino: fue bueno escribirla. Imaginar las historias del despreciable señor Fogwill, héroe del relato, me enseñó mucho sobre mí y sobre la condición del escritor en la opresiva Argentina. Capitalista o socialista.

Y fue bueno perderla: como todo lo que desaparece, la *nouvelle*, con su mezcla de ausencia y vaga memoria, fue rodeándose de la atmósfera del mito, a tal punto, que hasta a mí, al reencontrarla, me pareció mejor de lo que debí haberla juzgado cuando dejé que se extraviase.

Debí dedicar este libro al editor, crítico y escritor Luis Chitarroni. Él lo exhumó del fondo de sus pilas de originales no leídos. Pero como castigo por tantas obras y sueños de edición que se perdieron en su parva, sigue dedicada al general que en mi fantasía torció la historia de colonialismo y dependencia de la Argentina, y a dos figuras prominentes del también desaparecido Partido Comunista, esa suerte de Instituto Desmovilizador de Voluntades Bolcheviques que tanto gravitó en la política y en las finanzas de la Argentina hasta 1973.

Fogwill, 24 de noviembre de 2008

Tengo cincuenta y cuatro años. He llegado a mi madurez como escritor y como hombre y sé que no me quedan muchos años de vida productiva. Una década, tal vez un par de décadas y ya no podré dar a la literatura las energías que, sin pausa, he vertido sobre ella durante treinta años. Recién entonces descansaré. Después llegará la muerte como un suave remanso, una recompensa más sumada a la alegría de haber vivido el amanecer socialista de mi querida patria. Yo sólo espero que antes que todo concluya podamos festejar la hora en que la Gran Alborada Roja del Socialismo ilumine todos los pueblos de la Tierra.

Cada hombre tiene su paladín, su referencia e ideal de emulación. La mayoría de los escritores de mi patria, cuando buscamos un modelo, no podemos sino apuntar la figura de Borges, el ge-

nial ciego de Palermo. Hoy sabemos que, como muchos grandes escritores de su época, fue víctima de un sistema perverso que cercenó su obra hasta el extremo de minar su voluntad con la artera finalidad de distraerlo de sus objetivos democráticos y populares presentando en su digna figura la imagen de un escritor capitalista, soez y reaccionario. Amenazas, torturas, desprecio, allanamientos policiales e interferencias amparadas por su ceguera falsificaron los sentimientos patrióticos del maestro.

Mas él a todo supo anteponer el estoicismo y la confianza en una Argentina que tarde o temprano amanecería Soberana, Soviética, Libre, Justa, Proletaria y Socialista. ¡Cuántos vejámenes, humillaciones y tergiversaciones resistió en silencio...! ¡Cómo pudo anteponer su fe en el hombre que construirá el socialismo para sostenerse en sus heladas mañanas del Buenos Aires sin energía de la década del setenta...!

Por fortuna, la Sociedad Argentina de Autores y Escritores ha destacado una comisión de homenaje, que tras muchos años de trabajo ordenado rescató los originales del maestro y ha comenzado a publicar sus ediciones críticas, a

medida que son retirados de la venta los textos apócrifos que los editores de su obra (la firma capitalista Emecé, que, se supo años más tarde, no era sino una división especial de la policía política del régimen) habían impreso profusamente para acentuar el dolor y el sufrimiento de los últimos años de la vida del genial Ehrenburg rioplatense.

A esta comisión de homenaje al camarada Borges, que preside el camarada Boris Ilich Fernández Ludueña, debemos la exhumación de la excelente novela *Horas proletarias*, que narra las alternativas de la represión al movimiento obrero en la Semana Trágica de 1917 y destaca el importante papel que junto al líder de los tipógrafos Francisco Real desempeñó el gran Vittorio Codovilla en la conducción de esas gloriosas jornadas. Por infidencia de algún colega supe que la maravillosa novela corta *Mañanitas metalúrgicas*, escrita en Palermo en la década del cincuenta, llegará a la prensa no bien los exégetas borgeanos concluyan el comentario de sus últimos capítulos. No dudo que la divulgación de esta obra traerá nueva luz sobre la importancia que el hijo de la camarada Leonor Acevedo ha tenido en los movi-

mientos literarios clandestinos que, desafiando la cruel represión imperialista y oligárquica, florecieron bajo la conducción del viejo y glorioso Partido Comunista entre 1930 y 1996, año de la victoria.

Como escritor y como hombre no puedo sino compararme con el camarada Borges cuando tenía mi edad: cincuenta y cuatro años. Es 1953. Habita un pequeño semipiso que debe compartir con su madre, pensionada. No tiene mucama ni automóvil y ni siquiera ha soñado con vacaciones anuales y secretaria, que son las mínimas conquistas que requiere el trabajador de las letras. Su biblioteca es limitada. Hay estantes vacíos pues ha debido dejar sus colecciones de Pushkin, Gógol, Tolstói, Dostoievski, Ehrenburg y otros grandes de la literatura universal en una chacra alejada de Buenos Aires a cuidado de campesinos amigos, para protegerlas de la represión que se ensañaría con ellos como tantas veces lo hiciera con sus ejemplares en rústica de *El capital* y de Materialismo y empiriocriticismo.

Hoy, basta un sencillo trámite ante las autoridades, que la Sociedad Central de Escritores puede hacer por un pequeño arancel, para obtener auto-

rización de consulta y portación de cualquier libro, aunque se trate de obras –como el caso de las ediciones apócrifas de la imprenta parapolicial Emecé– que falsean la realidad, la voluntad del autor y la naturaleza real del contraste entre capitalismo y socialismo, que no es, como dijera el camarada contraalmirante Eloy Rodríguez Usandivaras, sino el contraste entre lo inhumano y lo humano elevado a su máxima potencia por gracia del sublime despertar socialista.

Secretarías voluntarias a cargo de estudiantes, automóvil, vivienda digna, vacación anual, libre acceso a la información reservada a dirigentes: todas estas conquistas de los escritores, ganadas palmo a palmo a la oligarquía durante las luchas por la liberación, han dignificado y humanizado nuestro oficio, que hoy bien podría considerarse un privilegio. ¡Este oficio que para Borges no fue sino el calvario y la acumulación de sinsabores que lo arrastraron a la ceguera, la desesperación y la muerte...!

Imagino a Borges en una de esas reuniones de aristócratas a las que era invitado y a las que debía concurrir a riesgo de ser llevado por la fuerza de los esbirros de los magnates. Allí está

el escritor, solo, en su rincón, exhibido entre pieles de cebra y cabezas reducidas de gauchos, como un trofeo más de los dueños de la casa, a la espera del mozo que le extiende un pequeño bolso de celofán que ocultará entre sus ropas para llevar algo de los restos del festín a su madre anciana. ¡Pobre maestro en sus heladas noches de Palermo! Pero... ¡Qué ejemplo para todos nosotros, escritores de la patria Libre, Soberana, Justa, Liberada, Soviética, Armónica y Socialista! ¡Qué estímulo para emular! Vamos: ¡Camaradas de la Sociedad de Escritores manos a la obra! ¡A producir y producir para agigantar la obra del socialismo y vengar en la carne de los enemigos de la victoria todos y cada uno de los sufrimientos de nuestro padre y maestro, el gran Jorge Luis Borges! Ése es nuestro deber. ¡En marcha, pues!

El pasado lunes nos sorprendió el telegrama. Lacónico: «Guión Film 120 min. entrega 1/4/1998» artkino filmskvda. viv s. Amer. Stop. va anticipo», decía.

Por la tarde, como confirmación de nuestra esperanza, llegaba un cheque por 100.000 rublos-rublos, algo así como dos millones de pesos nuevos-nuevos. Jamás había recibido tanto dinero junto, y, según me informan en la sociedad de escritores, esta suma sólo liquida un veinte por ciento inicial de los derechos por el guión del filme.

En mi Banco no lo podían creer. Vi la expresión del cajero cuando corrió a la gerencia e informó el monto de mi depósito. Las letras doradas del cheque «artkino» seguían titilando en la pantalla del terminal de la computadora cuando el gerente me convidó con un café:

–¡Felicitaciones, camarada! –me dijo. Yo no era más un escritor de pacotilla, apenas conocido por notas en las páginas literarias de los domingos. Ahora era un cliente importante del Banco, un autor para espectáculos de todo el planeta: Artkino.

Hasta hoy, cuando una empleada nueva interrogaba sobre mi figura discreta y esmirriada, el viejo cuentacorrentista solía decir: «Un escritor...», y algo despectivo connotaría su voz. De ahora en más –y eso leía yo en la mirada del gerente, que iba de mis manos al repetidor de la computer y de allí a la agenda donde había recuadrado mi nombre– toda vez que alguien pregunte por mí dirán: «Ése es el camarada Fogwill, que escribe para Artkino», y ya los imagino haciendo con sus labios el gesto aprobatorio de quien ha comido un buen borsch y se sienta satisfecho a beber su vodka en un atardecer de invierno.

Gente sencilla, los camaradas del Banco forman una capa difícil de depurar de los vicios de la sociedad capitalista. Me ha dicho el camarada Soldati, que se está informando, pues le han encomendado un poema para el aniversario de la Asociación de Bancos, que en el Partido se consi-

dera necesaria la subsistencia de ciertas poses capitalistas para evitar un cambio brusco que podría afectar la fluidez del sistema financiero, tan necesario para la construcción del Nuevo Mundo. En este terreno, como en muchos otros, no siempre la línea recta es el camino más corto entre dos puntos. Y, a veces, un paso atrás equivale a dos pasos adelante, como sugeriría el camarada Lenin a propósito de la política agraria, y como bien lo testimonia entre nosotros el colosal desarrollo de la industria farmacéutica autónoma incentivada.

Ya lo veis, el camarada Fogwill ha depositado su cheque en el Banco y sin que haya cruzado por su mente una sola idea de viajes, placeres o elementos de confort que semejante suma pone inesperadamente a su alcance, ha vuelto a su casa y ha echado manos a la obra. Así responde el camarada Fogwill a la confianza que en él ha depositado, a miles de kilómetros de distancia, la más grande y maravillosa industria del espectáculo. Porque el camarada Fogwill sabe retribuir con conciencia Revolucionaria y Socialista, y con madurez y disciplina, este desafío que lo enorgullece, no sólo porque las más altas figuras de

las letras componen el cuerpo de asesores de Artkino, sino también porque concientiza que los lazos que unen a la productora con nuestra querida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas confirman que todo lo que pueda darle a su circunstancial cliente, lo estará dando también al pueblo que cargó sobre sus hombros el peso histórico de llevar la libertad a todos los rincones de la Tierra, y que aún hoy, cuando se pueden contar con los dedos los focos de resistencia capitalista del Atlántico Norte y Lejano Oriente, sigue empeñado en contagiar al mundo este amanecer, calzando sus botas de montaña, piloteando sus tanques, que lanzan el fuego sagrado de la libertad, dirigiendo desde el tablero sus misiles, que son mensajes del futuro, desarrollando desde el laboratorio más y mejores medios para el control de los reductos enemigos, desde la cátedra y desde las granjas del pueblo, que trabaja y da su vida por impulsar la gran alborada roja que acabará con la miseria de una vez por todas en la historia de la Humanidad.